

Moneda de vil metal

“Apagavelas”

noviembre 2021

Eugenio era el monaguillo predilecto del cura de su humilde barrio. Quería que le ayudase a la misa de 12 de los domingos: la de mayor empaque; a la que acudían los que precisaban ser vistos, con sus mejores ropas, a la hora de pasar a comulgar.

Eugenio era el acólito de mayor edad y de estatura de entre sus otros colegas. Es por eso que ayudaba a D. Jesús, de paisano, pues no había ni túnica ni roquete de su talla. Los otros, más pequeños, se intercambiaban los ropajes entre sus compañeros, de una misma edad y similar estatura.

D. Jesús llegó al barrio sorprendiendo a todos. A los de misa diaria, a los de misa dominical y a quienes no pisaban la iglesia, salvo en Semana Santa para su confesión anual. Era joven, apuesto, simpático y muy “rocero”. Le gustaba mucho jugar al fútbol, pudiendo verle con frecuencia, formándose equipo con sus aficionados feligreses, remangándose la sotana hasta la cintura, que de negra pasaba a color tierra, en aquel infernal y pedregoso campo de fútbol, a espaldas de la Iglesia.

El fútbol y jugar al guiñote las consideraba actividades que también podrían enriquecer su labor pastoral, en un barrio carente de casi todo. Igual se le podía ver jugando a las cartas con David, el fotógrafo “oficial”, que inmortalizó a muchos niños y niñas en los días de sus primeras comuniones, como cuando, un buen día, sentado en una mesa, bajo el porche de la casa parroquial, se aplicó al guiñote, en unos “cotos”, mano a mano con el entonces Arzobispo de Zaragoza, D. Casimiro Morcillo González. Ni que decir tiene que también cosechaba duras críticas de quienes, atribuyéndose toda su razón, consideraban que algunas costumbres del bueno de D. Jesús no venían a cuento.

Llegó el día del anuncio de su traslado a otra parroquia, causando gran pesar para muchos de sus incondicionales feligreses, sobre todo, de aquellas vecinas de edad avanzada que, diariamente, iban a la misa de ocho. Una de ellas, desde que se enteró de la partida del cura, al tiempo de recibir la comunión, repetía con aflicción: ¡¡no se vaya, no se vaya!!!. Como consecuencia, y sabedor el monaguillo Eugenio de lo que sucedía siempre, la Hostia, despegándose de la lengua había que “cazarla” para que cayera en la patena. Eugenio no falló ni una sola vez.

En la sacristía, ayudando Eugenio a despojar a D. Jesús de las vestimentas de celebrar, observó este que en el cepillo, alguien muy rumboso había dejado una moneda de ¡¡2,50 pesetas!!!. Demasiado para la humilde gente de aquel barrio. D. Jesús sacó la moneda del cepillo, miró fijamente a Eugenio, con una picara media sonrisa y le espetó:

—Mira, chaval: esta moneda tiene muchas inscripciones, emblemas y figuras que representan hechos y sucesos pasados y presentes de la Historia de España. Te voy a hacer un sencillo exámen, de modo que si aciertas la respuesta a la pregunta que te voy a hacer, la moneda será tuya. Caso contrario, si te rindes, te daré la solución y devolverás la moneda al cepillo.¿Te parece bien?

—Sí, padre.

—Vamos a ver. La pregunta es muy sencilla y tú eres un chico muy listo...¿Cuántos animales aparecen grabados en la moneda de 2,50 pesetas? Esa es la pregunta. Sencilla, ¿no?. Dentro de una semana tendrás que darme tu respuesta.

En una mezcla de sorpresa y temor, como un autómeta, sin rechistar, bajó la mirada, se metió la moneda en el bolsillo, sintiendo como si la moneda se fundiera, traspasando el calor del metal a través de la tela del pantalón corto, abrasándole el muslo.

Este gesto del cura, una de sus muchas ocurrencias, nunca la comprendió del todo el asustado Eugenio. Lo que sí se ponía de manifiesto en todo caso, era el cariño y predilección que D. Jesús profesaba a su monaguillo mayor.



En el reverso de la moneda (¿o podría considerarse el anverso?. Bueno, daba igual), Eugenio identificó en una cara hasta cinco animales, cuatro leones rampantes y un águila grande. Le pareció muy fácil localizarlos...cinco bichos.

En la otra cara de la moneda no había animales...Bueno, está el rostro de perfil de un señor que lo que más sabía de él es que le llamaban, “Franco, Franco, Franco”, que mandaba mucho y a muchos, que había hecho cosas y que aparecía en otras monedas, en los periódicos y en grandes carteles por las calles. Por otra parte, no sabía qué quería decir la frase que rodeaba la moneda.”Francisco Franco, Caudillo de España por la G. de Dios”. ¿Qué era eso de la “G”?

En la escuela ya le habían explicado a grandes rasgos la diferencia entre animales racionales e irracionales, y él lo había entendido a medias. Entonces pensó: “ El señor de la cara de perfil es otro animal, “racional” en este caso, aunque desconocía, el pobre, que fué Aristóteles quién definió al hombre como animal social, racional y político. Luego en la moneda hay seis animales, “cinco irracionales y uno racional”.

Eugenio llegó a la conclusión que el señor cura le había puesto una trampa; tomándole el pelo, de modo que para una única respuesta, siempre podría fallar, según las intenciones del cura. Si explicaba que había encontrado cinco animales, la respuesta, según el cura, sería incorrecta pues se había dejado el animal racional, lo cual demostraría, el “listo” de D. Jesús, tener ventaja, pues sabría la definición del filósofo. De lo contrario, si el monaguillo respondía afirmando que eran seis los animales encontrados, el cura podría decirle que el animal era él por incluir al señor con la cara de perfil.

El dilema presentado no llegó a desvelarse. Antes de cumplirse la semana de plazo para que Eugenio diera la respuesta, y antes del traslado a otra parroquia, el cura D. Jesús, falleció de muerte repentina.

El monaguillo se sintió cautivo y huérfano, al no llegar a saber qué respuesta sería la válida —no le dió tiempo entonces a formularla—, a no ser que cualquiera de las dos opciones habrían sido las correctas para D. Jesús, dijera Eugenio la que dijera. Así sería, puesto que, en cualquier caso, la intención del cura fue siempre regalarle la moneda de 2,50 pesetas a su monaguillo mayor, su preferido.

Eugenio se quedó con la moneda y la guardó durante más de sesenta años, hasta que un mal día, de la manera más tonta, esa moneda desapareció de su control, se perdió, se la perdieron o la confundiría con otra de similar color y tamaño, de curso legal, a la hora de pagar una cerveza, y el avisado camarero, quizás aficionado a la numismática, se la guardó para cambiarla o venderla en el mercadillo de coleccionismo de sellos y monedas, cualquier domingo, en la Plaza Mayor. ¿Y si el “espabilado” camarero se la guardó para completar su colección particular?. Llegado el caso, a Eugenio, ese día, es posible que también se le debieron romper las gafas de ver.

A día de hoy, todavía el bueno de Eugenio mantiene sus dudas respecto a lo que aparecía en la moneda, a pesar de de poseer más elementos de juicio.¿Habría cinco o seis animales?

Apagavelas